

Rachid
Boudjedra
Los campos
de chumberas



alianza Literaria

Rachid Boudjedra

Los campos de chum- beras

Traducido del francés por Wenceslao-Carlos Lozano

Índice

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Créditos

Capítulo I

¡Él, con esa eterna cara de ofendido, esa piel ajada, esa tez amarillenta y esos ojos tan tristes! Con ese rostro ausente asomando de sus trajes de primeras marcas, siempre descorbatado. O sea, camisas desabotonadas en verano y jerséis de cachemira en invierno. Una elegancia en el vestir de toda la vida, con esos armarios empotrados de nuestra infancia y adolescencia, repletos de trajes de lujo. Y, en la parte baja de los armarios, una decena de pares de zapatos italianos combinando con los trajes, las camisas y los jerséis; parecían de estreno y despedían un olor a cuero cuya reciedumbre me embriagaba además de producirme envidia pero sobre todo asombro ante tanto lujo. Esa ropa, venida de lejos, de algún fascinante lugar, de un mundo que conocíamos por sus periódicos, sus libros y películas, aunque de manera muy vaga y misteriosa además de hostil.

No obstante, el ropero de su padre era todavía más impresionante; nunca lo llegué a ver, aunque sí lo adiviné por el del hijo, o más bien lo vi materializado en el padre, que vestía con porte sobrio, militar, casi pétreo. Nunca el mismo traje, y, a diferencia de su hijo, llevaba preciosas corbatas de gran fineza que solían hacer juego con el color de sus ojos. Esos ojos azules. ¿Topacio? ¿Turquesa?, según la luz y la calidad de la atmósfera. Aquellos trajes le daban un toque de feminidad, cuando no de timidez. Y ese rostro, ¡que no cara!, sino rostro cuyos finos rasgos, así como la rubia cabellera peinada con raya a la izquierda, saltaban literalmente a la cara de sus interlocutores, tan hermoso era, y silencioso, como si su belleza lo volviera susceptible con los hombres y torpe con las mujeres.

En cambio, su hijo Omar era más bien soso, enclenque, de tez oscura y pelo rizado. No se parecía a su padre ni a su madre. Físicamente, eran antitéticos. Moralmente, eran iguales. Muy amigos, muy cómplices, aunque sin la menor efusión, el menor abrazo, jamás. Cuando se los veía juntos,

se notaba de inmediato que conectaban de maravilla y que había muy buena relación entre ellos.

Omar tenía casi la misma edad que yo, aunque fingía marcar distancias a medida que nos íbamos encaminando en la vida. Yo también. Pero nos teníamos cierta estima, de siempre, desde el periodo de los armarios empotrados llenos de trajes preciosos y de hermosos zapatos, que me enseñaba cada verano, cuando acudía con mi familia a esa pequeña ciudad del este argelino a pasar las vacaciones, con mucha teatralidad, para exhibir su tesoro, que yo envidiaba porque no tenía ningún traje, sólo un par de chaquetas, dos pantalones y un único par de zapatos que usaba hasta que estaban destrozados.

Había por tanto perdurado esa estima sumada a una suerte de admiración, y, al verlo en la sala del aeropuerto de Argel, con ese rostro arrasado por la melancolía y el alcohol, embutido en un elegante traje de alpaca de color indefinible. Al verlo, me dije: «¿Es que no va a cambiar nunca?».

Y cuando nuestras miradas se cruzaron, fui hacia él con presteza, aunque no se apresurara a venir a mi encuentro, pese a morirse de ganas. Hacía como si. Era su manera de ser coqueto.

Omar estaba ávido de ternura.

Aceleré el paso, sabedor de lo susceptible que era y de que se sentía amargado, triste y desdichado no obstante su éxito profesional y su bonita vestimenta.

Nuestros encuentros en aquel aeropuerto no eran del todo fortuitos. Muy al contrario, eran auténticas citas. Todo un ritual del que no podíamos prescindir. Llevábamos tanto tiempo así... Un juego, perverso, desconcertante y afectuoso.

Nos abrazamos muy cortésmente. Casi con frialdad. Dije: «¿Qué tal, primo? ¡Constantina, por supuesto!». Contestó: «Hola, primo. Constantina, claro. Tú también, ¿a que sí?». Dije: «¿Cómo va esa vida?». Dijo: «¡Bah! Estándar, ya sabes. ¡En *stand by!*!». Había cursado parte de sus estudios de ar-

quitectura en Estados Unidos y solía pautar su discurso con alguna que otra expresión inglesa. Sin presumir de ello ni parecer advertirlo.

Cuando nos instalamos en el avión, dijo: «¿Cómo está Nana? ¿Y Mozart? Sabrás que sigues sin haberte enterado de nada en lo referente a...».

No me dio tiempo a contestar. O no dije nada.

Ahora estábamos acomodados en nuestros asientos.

Una azafata dijo algo que nadie oyó.

Foto suya (de Omar) que me mandó desde el maquis, en una zona muy agreste. Me quedé sorprendido cuando el cartero militar me entregó el sobre con una sola foto dentro. Le di la vuelta y miré el dorso. El topónimo y una fecha:

CHAABET LAJRA

14-05-60

Nada más. Esa sobriedad no me extrañó en absoluto, pero me chocó que me enviara una foto suya hallándonos en aquel espantoso periodo de guerra.

Foto con uniforme militar, algo borrosa, algo cómica, algo gastada. Costaba reconocerlo. Me recordaba otras fotos de compañeros de clase desaparecidos en el maquis, en sus historias o en las ciudades extranjeras donde se habían exiliado. Fotos tan graciosas como esta de Omar que tardó cuatro meses en llegarme. ¡Cuatro meses para recorrer apenas 50 kilómetros! Con el recuerdo de esa foto me vino el de otras, las coloniales de principios de siglo, convertidas en postales y vendidas en oscuras tiendas de grandes ciudades. Fotografías coloniales tan pálidas y desgastadas como esta de Omar que me había llegado tan sorpresivamente. Clichés mediocres que daban vida a personas, arquitecturas y cuerpos desnudos de prostitutas apenas púberes. Fotografías que acababan resultando cómicas por esa libidinosa mirada colonial que las volvía patéticas a más no poder. Ya de joven, esas postales me sacaban de quicio; su carga de perversiones dramáticas era tal que acababa soltando una carcajada, como para aliviarme de tanta inde-

cencia, de la incautación de esos cuerpos núbiles, de esa arquitectura retorcida o de esa soldadesca francesa posando con sus barbas y sus bigotes ante burdeles famélicos, en estudios con decorados fantasmagóricos, y adoptando unas poses inverosímiles con semblante risueño y mirada picarona.

Abyectas fotografías coloniales que despreciaban la pena del sujeto objeto de codicia con su feroz y voraz percepción del prójimo.

Y qué decir de esas postales de argelinos colgados en patíbulos carcomidos, enviadas por los europeos de Argelia a sus novias, a sus padres y amigos de Francia, con el consabido: «Un abrazo desde Argelia». Poseía toda una colección de esas fotografías del horror, que ocultaba a los demás miembros de la familia. Sobre todo a mi madre, demasiado sensible. Y a Zigoto, mi hermano menor, capaz de ponérselas ante las narices para asustarla.

Cuando miraba esa fotografía de Omar en la que costaba reconocerlo, me sentía atrapado entre la carcajada y las lágrimas. Excepto por esa tristeza que no sólo emanaba de sus ojos sino de toda su persona. Además, lo encontraba ridículo con ese uniforme que le quedaba demasiado grande, con la gorra ladeada y el viejo fusil agarrado sin la menor marcialidad.

Pero lo que más reprochaba a Omar era que sólo me hubiera garrapateado en el reverso de esa mala foto un topónimo, Chaabet Lajra, y una fecha: 14-05-1960.

Peor aún, le reprochaba que fuese tan desastrado con ese uniforme y esa gorra tan tonta, con ese... porque lo que siempre me había fascinado en él era su elegancia, sus armarios empotrados repletos...

A las pocas semanas lo herirían de gravedad y lo evacuarían a Moscú. Ahora estaba en ese avión donde me lo solía encontrar porque volábamos a menudo entre Constantina y Argel. Esos encuentros demasiado frecuentes me tenían muy intrigado: él por razones profesionales, y yo, para pa-

sar unas pocas semanas en el caserón familiar de Constantina, a novecientos metros de altitud, con ese clima seco y vigorizante que tan bien me sentaba.

Apenas instalado en su asiento, Omar soltó a quemarropa, como si hablara a alguien detrás de mí, sin mirarme: «Sabrás que sigues sin haberte enterado de nada en lo referente a...». No acabó su frase. No era necesario que la acabara. Yo sabía lo que quería decir, pues me la llevaba repitiendo desde 1962, año de la Independencia, en que iniciamos nuestros estudios en la Universidad de Argel. En realidad habíamos dejado de frecuentarnos tras acabar la carrera. Ya sólo nos encontrábamos. Resultaba extraño. A veces era por casualidad. A veces porque se las arreglaba para cruzarse en mi camino, surgiendo de la nada para hablar conmigo y explicarme su historia, o más bien su visión de su historia. O la historia de su padre y de su hermano menor. O esa culpabilidad que... Como si buscáramos encontrarnos por casualidad, no siendo así. Nos atraíamos mutuamente pero nos negábamos a admitirlo.

Al principio, yo cuestionaba ese discurso que me recitaba en un desesperado intento de convencerme. Una vez en Constantina, pasábamos noches discutiendo y bebiendo vino tinto o whisky. Siempre empezaba con su irritante observación: «Sabrás que...». Una noche, dándome por vencido, le dije: «Sí, ya lo sé, tienes razón. De acuerdo, estoy equivocado. Pero todo aquello pasó. Tú estuviste estupendo. Lo has asumido estupendamente. Has sido consecuente contigo mismo. A contracorriente. El maquis, tu currículum académico, tus prodigiosos logros. Has triunfado. ¡Has estudiado en Chicago! En este momento eres el mejor arquitecto del país. Se te conoce en el mundo entero. Además (intentando hacerle gracia), eres el hombre mejor vestido del país. Así que ya me dirás qué importancia tiene el pasado y demás... Tienes razón y punto».

Se enfadaba. Una rabia fría, estremecedora. Ya podía haber vaciado varias botellas de vino o una de whisky escocés,

que su ira seguía igual de hiriente: «¡Conque ésas tenemos! Intentas engatusarme. Dices que tengo razón y piensas lo contrario. No necesito tu compasión... ¿Un poco más de Glenfidish? No, no necesito tu compasión porque no doy lástima. Me adulas con mi elegancia, mis logros, pero por lo que respecta a lo demás, a lo que realmente cuenta para mí, porque eso es lo único que cuenta, te escaqueas, cedes como si estuvieras tratando con un niño caprichoso. Me dejas en la estacada...». Intentaba interrumpirlo: «A mí tu padre y tu hermano menor me importan un bledo. Quien me interesa eres tú. Quise mucho a tu padre, ¡pero era un policía, Omar! Y no uno cualquiera. Comisario jefe en la ciudad más dura, la más infernal de la resistencia. Comisario jefe en Batna durante toda la guerra. (¡Lo de Batna fue espantoso!) Inamovible en su puesto. Y tú...». Ahí se callaba. Habría preferido que gritara, que reaccionara, que me golpeara... Pero se encerraba en sí mismo, llenaba nuestros vasos y, al cabo de un cuarto de hora de silencio insoportable, se limitaba a decir: «Nunca has comprendido nada de todo aquello...». Luego callaba y no volvía a abrir la boca en lo que quedaba de noche, bebiendo sin parar. Como si hubiese enmudecido.

Me acababa yendo sin siquiera despedirme. Sin decir media palabra. Él hacía lo mismo. Me dejaba agotado. Me volvía loco. No quería seguirle la corriente, pero siempre acababa cayendo en su culpabilidad enfermiza. Entonces empezaba a dudar.

Aquel día, en el aeropuerto de Argel, al subir al avión con destino a Constantina, estaba decidido a acabar con aquello, a liberarlo de sus fantasmas, a aliviarlo de su pena. Tenía una hora para convencerlo. Lo que duraba el vuelo Argel-Constantina. Una hora. Exactamente una hora.

El avión tomó velocidad sobre la pista para despegar.

Capítulo II

No me gusta la gente feliz. La felicidad me ha resultado siempre aburrida. Omar era desgraciado, por eso lo quería. Necesitaba su desdicha y esa secreta admiración que le profesaba. Mis relaciones con él no dejaban de ser extrañas. Eso de aprovecharse de la desdicha ajena no iba mucho conmigo, pero la suya, ese absurdo y dramático sino, me fascinaba porque representaba en esencia la trágica historia de mi país. Emanaba de Omar, de su historia familiar, de su negativa a mostrarse honrado y lúcido ante unos sucesos tan enrevesados, una especie de radiografía en la que podía leerse —sin duda con dificultad— esa historia colectiva, terrible y dolorosa de Argelia.

Cada vez que me lo encontraba, Omar me impregnaba de su dolor. Eran más bien impresiones, sensaciones fugitivas. Esos estigmas acumulados por mi primo tras aquel doloroso periodo se iban enriqueciendo unos a otros con añadidos, con sentidos ocultos, distinguiéndose por matices y diferencias tenues, algo deslavazadas, luego abultadas por efecto de una memoria confusa de tanto contacto con la muerte. De un peligro a otro, de una inconciencia a otra, iban cobrando mayor consistencia y corporeidad.

Omar tenía una única meta en la vida: intentar huir de la confusión inherente a esa realidad falseada, a ese padre colaboracionista y a ese hermano miembro de la OAS*. Falseada y del todo desbaratada por algún oscuro motivo cuya finalidad era sacudirse ese remordimiento que lo atenazaba, no ya desde que entendió la historia de su familia sino desde siempre. Sin embargo, en realidad existía una correspondencia previa entre los distintos elementos de ese entramado familiar colmado de intuiciones, de sensaciones, de traiciones, de cobardías y de heroísmos (su abuelo y él habían sido patriotas intransigentes y resistentes consecuentes), de fantasmas íntimamente vinculados entre sí pero capaces de eclipsarse repentinamente, de contradecirse, de toparse con la tozudez de los hechos, de

infringir todas las leyes de la paramnesia, de superarse, de desdoblarse, de estrecharse, etc.

La complejidad de mi relación con Omar era pues ardua aunque excitante. No estuvo mucho en el maquis. A los pocos meses lo hirieron gravemente y fue trasladado a un hospital de Moscú.

Moscú. Hospital. La noche se esparcía en el aire hasta disolverse en él. Omar despertaba apenas las primeras partículas de luz empezaban a bombardear la atmósfera, con el cuerpo contusionado, corroído por una lasitud mental y un agotamiento cuyo origen le costaba discernir. Recordaba que la guerra había acabado para él y que había salvado la pierna. Recordaba, sobre todo, a su potranca preferida, *Fascinación II*, relinchando o a galope tendido, como esas adoradas estatuillas coladas en plomo de caballos y chumberas —emblema de la cuadra de Si Mostafa, su abuelo—, que había sobre las estanterías del despacho del patriarca junto con copas y trofeos ganados en distintos hipódromos del mundo. No dejaba de repetirse que la guerra había acabado, entonces se sumía en una fluida y sedosa atmósfera emisora de señales y colores dominados por el burdeos, el amarillo pajizo y la pruna, los predilectos de su madre Nadya. Era muy bella y exhalaba una sensualidad y una energía increíbles.

Su madre se las arregló para visitarlo en aquella ciudad tan lejana... ¿Cómo llegaría a enterarse de que estaba en aquel hospital de Moscú? Omar sospechaba que fueron los servicios de información de la resistencia, tan eficaces como terribles, los que ayudaron a su madre, probablemente miembro de la red de informadores de la ciudad de Batna, de la que su marido era comisario jefe. Le proporcionarían un pasaporte falso y la ayudarían a burlar la vigilancia de la DST, la dirección de vigilancia territorial francesa, hasta llegar tras muchos rodeos a Moscú, territorio enemigo para las autoridades coloniales de entonces.

Llegó cargada de regalos, de fotos recientes de los miembros de la familia y de todos los caballos de la cuadra, entre ellos *Fascinación II*, igual de maravillosa que siempre. Omar y yo asistimos en una ocasión al acto de cubrir aquella espléndida yegua por un semental de gran raza. Aún recuerdo aquella escena cuya violencia nos dejó mudos y espantados. Ambos animales se revolvián con fuerza y los palafreneros los azuzaban a grito limpio. La baba revoloteaba por el aire. La exaltación era general. Esa escena bestial me impactó, asqueó y traumatizó. En fin, que se presentó en Moscú por sorpresa, con su inimitable revoloteo, su característica agitación y su extravagante vestimenta europea que ella misma confeccionaba, con su ambigua belleza y torrencial sensualidad. Omar no paró de pedirle explicaciones mientras los efectos del agosteo calor ruso deformaban los objetos y el escaso mobiliario confiriéndoles un singular aspecto. De ahí que, entre penumbra y resplandor, se espesaran los estratos de la atmósfera formando gruesas placas de oscuridad y otras muchas de luz clara.

La atmósfera reinante en la habitación del hospital estaba concentrada y se acumulaba por capas, empañando la superficie del espejo. Para que la madre viera que su pierna estaba curada, Omar se levantaba a duras penas de la cama, daba unos pocos pasos, se dirigía hacia el lavabo, se peinaba mirándose en el espejo, escrutándose el rostro, palpándose los rasgos, paseando el índice sobre las mejillas granuladas por una áspera barba de varios días, percatándose sólo entonces de lo que le había crecido, mientras la habitación empezaba a dar vueltas. Él aguantaba. Hacía lo indecible por no caer o desvanecerse, para que su madre no se preocupara.

Entonces dejaba que los recuerdos afluyeran dilatando sus días y su tiempo, llenos de dichas y desdichas a cual más trivial, pese a ese cúmulo de ambigüedades acerca de sus orígenes beréberes, árabes y turcos; y, desde su ingreso en el maquis dos años atrás, pese a esa extraña relación con

su madre que no alcanzaba a precisar. La ruptura con su padre, cuyo colaboracionismo con las autoridades coloniales a ratos sospechaba y a ratos disculpaba, suponiendo que la Organización le habría ordenado permanecer en su puesto de comisario jefe de la ciudad de Batna y ejercer de agente doble. Tampoco dejaba de preguntarse, desde que Nadya llegara a Moscú, cuál era el papel de su madre dentro de la Organización.

Solía perderse en el laberinto de las conjeturas, de la sangre y de la traición, y ya no sabía quién era ni a qué atenerse a pesar del aplomo de Nadya, incluso de ese modo que tenía de ahuyentar las aprensiones de su hijo con un leve manotazo intencionadamente gracioso y distendido cuya patética trayectoria él percibía con despiadado rigor y una desesperanza contenida. Al igual que esos diecinueve relojes sicilianos imaginarios que trajera consigo desde su ciudad natal, al casarse, y que acribillaban el espacio segmentando la esencialidad del tiempo con una contenida suntuosidad y pautada lentitud. Como si los diecinueve relojes en los que tan a menudo pensaba aunque no los hubiera visto ni oído jamás, se esparcieran a propósito, para desquiciarlo y desequilibrarlo, por la anchurosa geografía de las palabras hasta embarcarlo en las ecuaciones de una lógica bonachona. Pero seguía desconfiando. Nadya decía: «Escucha, Omar, tu padre es un combatiente en la sombra. Trabaja para la Organización. ¿Cómo se te ocurre pensar otra cosa?, ¿no te da vergüenza sospechar de tu padre? En cuanto a Salim, nunca se ha dedicado a la política. Sólo trata de divertirse, como todos los chicos de su edad. Ya sabes lo bien que baila tu hermano. Y de mí, ¿qué no estarás pensando de mí?».

Las fotos que la madre había traído consigo no retrataban únicamente a los miembros de la familia, sino también las hermosas mezquitas, iglesias y sinagogas de esas capitales por las que viajaba el abuelo en ausencia de Omar. También fotos de enormes puertos panzudos con sus imbrica-

das estructuras en segundo plano y sus soñolientos barcos multiformes. Marsella (¡donde se estuvo fabricando, durante los ciento treinta años que duró el periodo colonial, jabón con osamentas robadas de los cementerios argelinos!), Génova, Barcelona, donde el señor Baltayan, un armenio exiliado en Francia, amigo fiable y socio imprescindible, seguía gestionando en Europa lo referente a venta, compra y cruce de caballos de carreras. Desde que apareció por la habitación de ese hospital moscovita, Nadya lo estuvo informando puntualmente: su suegro Si Mostafa seguía recorriendo el mundo como los geógrafos y navegantes de antaño, a quienes nunca dejaba de leer y admiraba incondicionalmente, en busca de nuevas razas, de nuevos sementales y potrancas para cruzarlos con su cabaña caballar. Se negaba en redondo a vender *Fascinación II*, muy codiciada desde que Omar se fue a la guerra, a lo mejor porque los compradores pensaban que el nieto moriría en el maquis o que el ejército francés no tardaría en detenerlo, torturarlo, condenarlo a muerte y guillotinarlo, y que el rico hacendado también moriría de dolor. «¡Fíjate que sigue metido en política a su edad! ¿Te das cuenta? ¡Menudo abuelo tienes!»

Esa curiosa actitud de Nadya intrigaba a Omar. Sabía que se las daba de madraza y de esposa intransigente, pero sospechaba que... Omar imaginaba las tormentas fulgurantes, los vientos arenosos, las glaciaciones árticas, los gélidos desiertos, las aguas empantanadas, las plantas exóticas, las llanuras andaluzas por las que pacían espléndidos caballos, los pueblos africanos resquebrajados, los obreros chinos sonriendo a lomo de sus bicicletas, las jóvenes africanas, las prostitutas argelinas o marroquíes o cochinchinas, etc. Aun en tan remoto lugar, imaginaba un hervidero de gente yendo y viniendo por la casa familiar gracias a esas famosas fotos de Si Mostafa que espantaban a su esposa, a su nuera y a las demás mujeres de la tribu, escandalizadas por la extravagancia, el erotismo o la indecencia de

determinadas postales que el abuelo, tan ingenuo él, compraba sin fijarse demasiado.

Si Mostafa escribía al dorso de esas postales fórmulas de una increíble ternura para un hombre de su generación, nacido en una sociedad arcaica, puritana e hipócrita. Al contrario que mi padre, un cabrón feudal polígamo y pedófilo, Si Mostafa solía enviar fotos de los sementales y de las potrancas que compraba y ofrecía muchos detalles relativos al caballo, al lugar de la transacción, a la fecha de adquisición. Escribía en francés para evitar complicaciones con la censura colonial, que consideraba la escritura árabe un gesto subversivo; ¡por mucho que los números de la fecha (día, mes, año) fueran árabes!

Ese paradójico y a veces obsceno mundo entraba pues en el caserón, que Nadya seguía gobernando a pesar de que su hijo se hubiese echado al monte, donde acabó herido ocho meses después. A pesar de los rumores sobre su esposo Kamel y de los chismes sobre Salim, su hijo menor, por frecuentar demasiado los bailes coloniales del sábado noche. A pesar de las propias sospechas de Omar al respecto.

El avión seguía ascendiendo.

* Organisation de l'Armée Secrète, Organización del Ejército Secreto, grupo terrorista francés que luchaba contra la independencia de Argelia.